

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 19

VELOZ COMO EL RAYO

15 cts.



—¡Cuidado, Alberto!—gritó Pedrin, el pequeño cow-boy.

VELOZ COMO EL RAYO

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cines», Via Layetana, 53. - Barcelona)

I

Se había encapotado el cielo casi repentinamente, violentas ráfagas dejaban oír su poderosa y bramadora voz, y a poco surcaron el espacio algunos relámpagos, semejantes a monstruosas culebras de fuego, a los que siguió el bronco rugido del trueno.

Mary Duncan y Alberio Ford cabalgaban dos hermosos caballos, bayo el de ella y negro el de él, y les faltaban, para llegar al rancho del que algún día sería propietaria aquella preciosa muñeca de los ojos negros como la noche, el caballo del color de la andrina y el rostro trigüeso y perfecto, más de una docena de millas.

Mirando con expresión un poco ansiosa a su arrogante compañero de viaje, de facciones indiscutiblemente guapas, preguntó:

—¿Tendremos tempestad?

—Sí —respondió Ford, luego de escudriñar el horizonte, a lo lejos, allá en el desierto rojizo y obscuro que parecía prolongarse hasta los últimos confines del mundo.

Se hallaban a poca distancia de un desfiladero que se abría entre dos elevadas montañas, en un terreno pedregoso y árido, cubierto de matorrales y arbustos silvestres

que el viento tempestuoso zarandeara con furia.

Recorrian un estrecho sendero, a uno de cuyos lados existía una escarpada pendiente que llegaba a un profundo precipicio.

Los caballos, como advertidos por el instinto, caminaban con la cabeza erguida, tensas las orejas y de vez en cuando emitían un corto relincho.

La atmósfera se ennegrecía por instantes, los relámpagos eran cada vez más frecuentes y deslumbradores, los truenos más horribles y el viento más huracanado.

A la primera pregunta que dirigió la bella Mary al atético capataz de su rancho, siguió un corto silencio.

Anduvieron, pues, cierto trecho y de pronto la linda amazona inquirió:

—¿Le asustan a usted las tempestades?

—Sí —respondió con franco lacinismo el interrogado.

La cara anfiada y bella de Mary expresó un profundo estupor y sus ropas blancas palidieron:

—¿Cómo! ¿Tiene usted miedo de las tormentas?

—¡Tengo miedo! —confesó aquel

buen mozo, que en tantas ocasiones demostrara un valor indomable.

—¿Le ha sorprendido a usted alguna tempestad lejos de poblado?

El guapo y varonil semblante del *cow-boy* lo aclaró una ligera sonrisa, y luego respondió:

—Las he conocido de todas clases y en las más diferentes situaciones... en pleno bosque y de noche, percibiendo mezclados con el fragor de los elementos desencadenados que parecían dar la batalla definitiva al mundo, los aullidos y los graznidos de las fieras y las aves rapaces; en el desierto inmenso; en la montaña llevando el ganado de estampida...

—¿Y siempre tuvo usted miedo?

—El miedo que yo sentía en esos casos no era lo que usted considerara miedo... ni yo acertaría a explicarlo con palabras... Era, señora Mary, una sensación de pequeño y de abrumador desaliento en cooperación con la grandeza y el furor de la naturaleza.

—¿Ah! ¿Ya tenemos encima la borrasca?

En efecto: comenzaron a caer gruesas gotas de agua, luego arreció la lluvia y pronto ésta convirtiéndose en una verdadera catarata.

Tan densa y abundantemente caía el agua, que formaba en torno de los viajeros una espesa cortina, impidiendo la visión a pocos pasos de distancia.

—¡Lancémonos al galope! ¡Dios mío, esto es un nuevo diluvio! — exclamó Mary Duncan con voz semejante a la de un niño afligido.

Y habría dado el ejemplo hostigando a su corcel con la fusta, si el *cow-boy*, con la rapidez del rayo, no la hubiese interceptado el paso con su montura y diciendo:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Nada de correr! ¡Al contrario, es preciso permanecer aquí quietos hasta que cese la tempestad!

—Pero esto... es horrible! ¡Oh! —añadió tapándose el rostro con la mano, cegados sus ojos por el sulfuroso y vivísimo resplandor de un relámpago.

Luego estalló un trueno tan espantoso que parecía imposible pudiera resistirlo el universo sin saltar de sus goznes.

Mary, presa de un terror mortal, balbuceó:

—¡Alberto! ¡Alberto! ¡Auxilio! ¡Yo me muero... yo... no puedo más!

El *cow-boy* apresuróse a abarcar con su brazo derecho el gracil cuerpo de su joven dueña, recostándolo contra el suyo...

Sintió ella cierto alivio al verse amparada y protegida por aquellos brazos. Para guarecerla de la lluvia torrencial, el atlético mozo se había ya quitado la chaqueta y, tapando con esta prenda la cabeza y los hombros de la alerrada criatura, la retuvo abrazada, junto a su pecho robusto y valeroso...

En voz baja, que no podían percibir los oídos de Mary, porque la apagaba el fragoroso rumor de la lluvia, murmuró el *cow-boy*:

—¡Ea... como una niña! ¡Pero una niña preciosa, divina y adorable!

En aquella comarca las tormentas son muy raras; pero revisten casi siempre una furia maligna, una de esas violencias devastadoras peculiares de la naturaleza, y duran poco.

La que sorprendió a nuestros viajeros, comenzó a apaciguarse a la media hora escasa de estallar; cuando el *cow-boy* vio que se aclaraba

el firmamento cuyos densos nubarrones se alejaban como persiguiéndose unos a otros impulsados por el vendaval; cuando pudo ver que estaban rodeados por una inmensa laguna y que la lluvia estaba a punto de cesar del todo, llamó:

—¡Mary, Mary!

¡Con cuánta ternura, con qué inefable fervor pronunció el hombre el nombre de la mujer amada, si ese nombre le sube a los labios desde lo profundo del corazón abrasado de amor!

Al mismo tiempo que la llamaba

quitóse la chaqueta con la que la guareciera de la lluvia, dejando al descubierto su rostro encantador, y los ojos del guapo *cove-boy* vieron iluminadas aquellas candorosas y bellas facciones por una sonrisa que le pareció hermosa y radiante como un rayo de sol que hubiese brillado en aquel cielo, todavía ensombrecido y amenazador.

—¡Pasó el peligro! — añadió—. ¡Ahora ya podemos reanudar la marcha!

Y así nació en dos corazones un amor leal, firme como una roca, eterno y sublime.

II

El rancho de James Duncan, el progenitor de Mary, no era de los más grandes y ricos de la comarca. Mucho más extenso y valioso era el de su vecino Klikton, con quien siempre había sostenido relaciones leales y afectuosas.

En esta finca ejercía Alberto Ford el oficio de vaquero cuando una desgraciada casualidad hizo conocer a Duncan la bravura del humilde *cove-boy*.

Regresaba cierto atardecer a su rancho, después de haber vendido en la población más cercana una veintena de potros y otros tantos terneros, cuando le salieron al paso cuatro hombres cuyo aspecto denotaba, a la primera ojeada, la profesión a que se dedicaban.

Kran cuatro malisines, cuatro malhechores; su especialidad consistía en el robo de ganado, pero si tenían ocasión de arrebatarse la bol-

sa a algún viajero, o saquear un rancho modesto, sabían aprovecharla.

El padre de Mary, pues, se habría quedado sin el caudal tan honesta y fatigosamente ganado, a menos que hubiera preferido perder la vida a ceder la bolsa.

Los forajidos habían salido al encuentro de su víctima cuando menos lo esperaba ésta, como bratados del suelo, de entre unos espesos matorrales, cercanos al sendero que recorría el jinete.

La cólera, no el miedo, hizo palidecer las facciones del ranchero. El dinero que llevaba representaba el fruto de los afanes y perseverante labor de varios años...

Conservándolo, de entonces en adelante, si no el esplendor de la riqueza conocería las satisfacciones y el sosiego que proporciona la holgura...



De un formidable puñetazo derriba al capataz Gibo...

Pero ¿qué podía hacer? Trabrar una lucha con aquellos malvados que le encañonaban ya sus revólveres equivalía a un insensato suicidio, porque antes de que él pudiera esgrimir el suyo, caería acribillado a balazos.

Pero he aquí que de pronto, con la misma celeridad con que el cárdeno y sulfureo resplandor del rayo ilumina el espacio, el borrado ranchero sintió silbar en el aire un objeto extraño y casi simultáneamente percibió un alarido de rabia.

Entonces, con los ojos desmesuradamente abiertos por el asombro, inundado el corazón por una alegría y una ansiedad inenarrables, vió a la gaviota de bandidos aprisionada y debatiéndose, profi-

riendo blasfemias y maldiciones, en el abrazo de un terrible lazo que alguien acababa de lanzar.

¿Quién podía ser el autor de aquella soberbia proeza y, por lo tanto, su defensor?

No tardó ni siquiera un minuto en saberlo, porque en el lindero del bosque que comenzaba a unos diez pasos de distancia y que era preciso cruzar para ganar el camino, apareció inmediatamente la poderosa y juvenil figura de un hombre.

Con la mano izquierda mantenía la cuerda cuyo nudo corredizo aprisionaba a aquel hato de berganles, en tanto su diestra empuñaba un revólver.

Con voz hurlona e imperiosa exclamó:

—¡Os ha salido el tiro por la culata, habéis ido por lana y volvéis trasquilados! ¡Sabéis quién soy yo? ¡Me conocéis?

—*El Capitán*—dijeron casi a coro los forajidos cazados, con una especie de terror.

—¡Exactamente!—respondió el arrogante mozo, que iba vestido a la usanza de los *cow-boys*—. ¡Veo que no soy para vosotros un extraño, y estoy seguro de que ninguno de vosotros cometerá la tontería de desobedecerme! ¡No es verdad?

El silencio con que los bandoleros acogieron esa pregunta era bastante significativo y el audaz *cow-boy* añadió:

—¡El que calla, otorga! ¡Sabiendo quién soy, sabiendo, además, cuán certera tengo la puntería, es natural que ninguno de vosotros tenga maldita las ganas de emprender el viaje a los infiernos!...

* ¡Ahora, atención! ¡Tirad las armas!

Los bandidos dejaron caer al suelo los revólveres que esgrimían.

Inmediatamente con una fuerza que parecía increíble pudiera poseer un hombre solo, arrastró a los bribones hacia sí, y cuando los tuvo casi rozando sus pies, formando un confuso montón de carne humana, les dijo:

—¡Estáis tan presos como si os abrazara una formidable boa! ¡Quizás merecéis ser rematados sin piedad! Pero yo no quiero ser vuestro juez ni infligiros tan duro castigo, porque es ese hombre el árbitro de vuestras vidas!

«¡Lo que él quiera—añadió aludiendo al padre de Mary—, se hará!

* ¡Acérquese usted, señor!

El ranchero acercó su caballo hacia su salvador.

—¡Qué castigo cree usted el más justo y adecuado para estos bribones?

«Lo han querido robar a usted y, probablemente no habrían vacilado, si usted se hubiese negado a entregarles la bolsa, en quitarle la vida!

* ¡Son, pues, una mala raza, hombres en cuyo corazón no existe una chispa de nobleza y de piedad! ¡Si se les exterminase como si fuesen coyotes o pumas que tanto estrago causan en el ganado, el mundo saldría ganancioso!

—Lo sé—corroboró el padre de Mary—, y, sin embargo, no deseo que mueran...

—¡Los entregaremos, pues, a la justicia!

El bondadoso ranchero meneó la cabeza negativamente, y luego declaró:

—¡Elio equivaldría a una segura sentencia de muerte! ¡No, no quiero pensar en lo porvenir que por mi voluntad dejaron de existir cuatro seres humanos, por degradados y malvados que fuesen!

—¿Luego prefiere usted dejarlos en libertad y que en lo sucesivo, mañana mismo tal vez, reanuden sus infamias y atrocidades?

—¡Preferiría que se enmendasen, que se arrepintieran viendo que el camino que siguen conduce a un fin horrible!

—Tiene usted un alma noble, un corazón de oro! ¡No merecen, en verdad, tanto miramiento estos inmundos y degenerados coyotes!

* ¡Ojalá no haya usted de arrepentirse nunca de dejar sanos y libres a esta pandilla de haraganes y granujas!

* ¡Ye lo oís, busardos!—increpó a los forajidos—. ¡El hombre a quien tanto daño queríais hacer, os

devuelva bien por mal, y es conde de la libertad!

«¿Me conocéis bien a mí?

Los bribones, unos de palabra y otros con un gesto, respondieron afirmativamente.

—¡Pues bien, escuchadme! Yo os juro por lo más sagrado que como vean mis ojos la horrible y repulsiva catadura de cualquiera de vosotros, le astillaré el cráneo de un balazo.

«Nada más tengo que decirles!

Pronunciadas estas palabras, libertó del lazo en que se hallaban prisioneros a los bribones y luego vociferó:

—¡Largo! Marchaos antes de que me arrepienta.

La infame pandilla no se hizo repetir dos veces la orden.

Apenas se quedaron solos, el padre de Mary dijo a su salvador:

—¡Me ha prestado usted un auxilio salvándome de un trance que jamás se olvida! ¿Como recompensárselo?

—¡Con un aprecio de manos y considerándome un hombre digno y honrado! — repuso el *coto-boy* sonriendo.

—¡Magnífico pago a tan enorme beneficio sería ese! —arguyó el *ranchero*—. ¡Yo voy a proponerle otro, pero, aunque usted lo acepte, no consideraré saldada mi deuda...

«Esa gavilla de perillanes me habría arrebatado un crecido caudal a no intervenir usted como enviado del cielo!...

«Pues bien; yo quiero entregarle la mitad del dinero...

Interrumpiéndose al oír que el *valaruso coto-boy* decía con firmeza.

—No.

—¿Por qué?

—No quiero dinero... No lo necesito. Me basta con el que quiera usted pagar mi trabajo...

Con la faz resplandeciente de alegría, el padre de Mary exclamó:

—¡Ah! ¿Necesita usted trabajo?

—Sí. Hasta hoy he servido en el rancho de Clifton; pero he tenido una reyerta con su capataz, un mal hombre; un cobarde, un sinvergüenza, y he dejado el cargo que allí ejercía...

—¡En el mío será usted capataz con el sueldo que usted mismo quiera ganar!

III

Aquella misma noche se conocieron el arrogante y guapo *coto-boy* y la bella Mary.

A ésta, antes de presentarla al nuevo capataz del rancho, enteróla su progenitor del peligro de que le salvara aquél, causóle una sensación la figura de Alberto como nunca se la produjera hombre alguno hasta entonces.

Llamábanle el *Capitán* a nuestro

protagonista, porque habiéndose alistado en el ejército durante el último año de la gran guerra, se comportó con un heroísmo que le valieron varias medallas y cruces...

Si no hubiese querido con un amor tan inmenso a la tierra natal, el fuerte y duro Oeste, Alberto habría alcanzado un brillante porvenir.

Pero ningún sol le parecía tan



Después de aquella terrible noche...

fulgente y hermoso como el de su país, ningún cielo tan azul y bello, ninguna brisa tan sana y perfumada...

Los cow-boys sentían hacia aquel magnífico ejemplar de su raza una especie de veneración, y cualquiera que iba, hallaba paisanos que se consideraban halagados y honrados con su amistad.

En el rancho Clifton, donde había trabajado varios meses, ejercía entre sus compañeros más influencia y autoridad que el mismo capataz y que el propio dueño...

Fácil es suponer cuánto sentimiento experimentaron aquellos rudos hijos del desierto al despedirse del indomable mozo.

Dadas las grandes condiciones de carácter, inteligencia y laboriosidad, el Capitán era el capataz ideal para cualquiera de aquellas fincas en que trabajaban gentes tan turbulentas y ariscas como los cow-boys.

En el de Clifton no llegó a serlo porque quien ya lo desempeñaba, un tal Daniel Gibs, era un amigo del propietario, o mejor dicho, un cómplice antiguo y fiel de los feos negocios a que se dedicaba.

Precisamente el haberse negado nuestro protagonista a llevar a cabo cierta misión de índole ilícita fué el origen de la rifa sostenida con el despiadado Gibs.

Este lo llamó mientras el Capitán

VELOZ COMO EL RAYO



... en toda la extensión que abarcaba la aguilona mirada del cow-boy...

tán horra una vaca, y le dijo a bocajarro:

—Esta noche emprenderás un viaje algo largo y bastante peligroso con tres o cuatro de tus compañeros.

El Capitán no pestañeó. Gibs añadió:

—Se trata de conducir a través de los montes que nos separa del suelo mejicano una recua de burros «hateros» (1). ¿Comprendes?

—Sí, comprendo; pero ese no es mi oficio, y no quiero hacerlo.

pondió Alberto con acento glacial.

—¿Te niegas a obedecerme?

—Sí.

—No te la curo, ya sabes lo que tienes que hacer...

—Lo sé y lo haré, marcharme de aquí.

—Pero antes habrás de confesar por qué te niegas a cumplir mi encargo.

—Ya no diré una palabra...

—¿Por qué?

—Porque cuando un hombre quiere obligarme a hablar, no lo he obedecido nunca...

—¡Fuego del infierno! —bramó Gibs—. ¡Capitán, ten mucho cuidado! De Daniel Gibs no se ha hablado todavía ningún hijo de madre.

Y avanzó un paso con ademán amenazador hacia el cow-boy.

Esta le asió una mirada de desprecio y declaró:

—Hemera terminado!

—Al contrario, ahora es cuando empezamos a hablar, Capitán! Tienes que decirme por qué causa y motivo prefieres marcharte del rancho a desempeñar el encargo que acabo de hacerte!...

Interpretación del
famoso caballista

**TOM
TYLER**

el pequeño y salado
actor

CHISPITA

y el perro

VIVALES

—¡Cómo! —exclamó Gibs que solía encolerizarse a la más leve objeción—. ¿Qué dices?

—He hablado bien claro —res-

(1) Animales de la especie asnal, muy aptos para soportar largas marchas con una pesada carga.



La hermana de Alberto asistió a la boda.

Sonrió burlonamente al temible cow-boy y luego comenzó a decir con ironía:

—¡Capataz Giba, no voy a complacerte por miedo! ¡A un hombre como yo le importa un bledo el enojo y el furor de un hombre como tú!...

«Sin embargo, repito que voy a complacerte... y si no te obedezco es porque soy un hombre honrado y leal... ¿Me comprendes tú ahora?»

El significado de esta pregunta, que a nuestros lectores se les antojará algo misterioso, era para Giba tan claro como la luz.

Al oír la su rostro palideció espantosamente y un grito de cólera se escapó de sus labios.

—¡Mil rayos! ¡Sí, te comprendo! Y también comprendo el motivo y el fin con qué solicitaste trabajo en este rancho hace unas semanas... Sin duda eres un espía, un sabueso disfrazado de *cow-boy*...

Apenas hubo pronunciado estas palabras, el puño izquierdo del capitán le asestó en el pecho tan tremendo puñetazo que lo derribó en el suelo...

La escena tenía lugar en las inmediaciones de unos graneros, en cuyo interior se hallaban atareados varios hombres, que acudieron atraídos por los gritos y denuestos que profería Giba.

Este se levantó del suelo, intentando abalanzarse contra su poderoso enemigo, pero entonces recibió una soberana sonanta, sin que ninguno de los espectadores se atreviese a intervenir en la contienda, a pesar de los aullidos con que el vapuleado capataz requería su auxilio.

—¡Podría hacerte mucho más

daño, despreciable fanfarrón—dijo Alberto con acento sonsegado—, pero por hoy basta la lección que has recibido! Procura no obligarme a repetirla en lo sucesivo!

«En cuanto a tu infame suposición, como no es cierta, puedes desecharla todo temer. ¡Alberto Ford, el Capitán, no es un soplón, ni un espía! Es sencillamente un hombre honrado que detesta a los bribones y malhechores de toda raza, y que, por lo tanto, te aborrece a ti y al dueño de este rancho!»

Pronunciadas estas palabras, separóse de Giba y saludando con el brazo al grupo de compañeros de trabajo que lo rodeaba, exclamó:

—¡Salud, amigos!

Todos respondieron unánimemente y cordiales:

—¡Hasta la vista, Capitán, buena suerte!

Alberto, cabalgando su magnífico caballo negro y llevando en la silla el lazo, del que era el más diestro tirador de su país, alejóse del rancho Clifton.

La casualidad le deparó el encuentro con el padre de Mary.

...

Inmediatamente demostró en la nueva finca sus aptitudes de hombre entendido en el negocio y apto para mandar y ser obedecido.

A los pocos meses, varios acres de tierra árida y seca, ofrecían un encanto de fragante verdor.

Todo bajo su mirada avizora e inteligente mejoraba y prosperaba.

Lo ocurrido en el rancho Clifton, sin embargo, debía tener una derivación lamentable. Daniel Giba era un hombre de carácter vengativo y feroz que no podía soportar el re-

cuerdo de la paliza recibida sin intentar el desquite de una manera alevosa y traicionera.

Alberto vivía alerta, convencido de que aquel malvado le tendería una emboscada.

Su inquietud llegaba casi a una sensación de congoja durante las ausencias que sus obligaciones le imponían.

Entonces asaltaban su mente los temores más indefinibles y agobiadores.

Procuraba regresar siempre al rancho antes del anochecer.

Una tarde, después del crepúsculo, encontró en la finca una treintena de hombres armados que, produciendo una algarabía indescriptible, parecían hallarse en terreno conquistado.

Mary le salió al encuentro, refiriéndole en pocas palabras la llegada de aquella horda invasora, la cual, desparramada cerca del edificio, dividida en varios grupos, alrededor de unas hogueras, estaba preparando la cena.

—¿Son bandidos? A mí me asustan esos hombres—dijo la joven—. ¡Ven en sus ojos un no sé qué de terrible!

—¡Son, en efecto, algo muy parecido!—respondió Alberto—. ¿Y vuestras *cow-boys*?

—Se los ha llevado mi padre algo lejos, a las alquerías, temeroso de que entre ellos y los invasores se produjese un choque...

—¡Milagro será que la cosa no acabe de una manera sangrienta!—dijo el fiero *cow-boy* que, erguido fieramente, examinaba con mirada águilina, a los jubilosos y alborotadores intrusos.

Eran éstos una pandilla de aventureros reclutada por el ranchero Clifton por encargo de un famoso

cabecilla mejicano que operaba en la comarca fronteriza.

A ese rebelde dedicaban Clifton, Gibs y sus hombres toda su actividad, proporcionándole cuantas armas y municiones podían adquirir.

En aquella época el gobierno americano había prohibido ese contrabando, el más horrible e inhumano de todos, porque fomenta y sostiene la lucha entre gentes de la misma raza, con penas severísimas.

Pero todas las medidas encaminadas a suprimirlo, resultaban estériles.

Alberto Ford, combatiente de la gran guerra, recordaba con horror las escenas vistas y vividas en el frente, y nada repugnaba tanto a su hermosa naturaleza como el exterminio de unos hombres por otros, impulsados por un odio injustificado.

Por eso, por creer que, favoreciendo los siniestros manejos de Clifton y de su capataz, se hacía cómplice de un crimen inicuo, había abandonado el rancho de aquél del modo que ya conocen nuestros lectores.

¿Tenía la imprevisita invasión de guerrilleros mejicanos alguna relación con lo ocurrido pocos meses antes?

Esta era la angustiosa pregunta que se dirigía a sí mismo.

En caso afirmativo, el pacífico y laborioso rancho de Duncan iba a ser teatro de una lucha espantosa, porque él estaba dispuesto a echar de allí aquella horda a la fuerza.

—Alberto mío—murmuró la joven apretujándose contra su atlética figura—, no pongas en peligro tu vida. ¡Deja a esos hombres que hagan lo que quieran!

El joven sonrió de un modo asustador, y meneando fieramente la cabeza, respondió con acento ronco:

—Eso sería una cobardía!

—¿Qué piensas, pues, hacer?

—Ya lo sabrás!

—Yo no me separaré un instante de tu lado!

—Tú, querida Mary, me obedecerás en esta ocasión, haciendo lo que te mando, en tu propio bien, por tu propia seguridad!

—¿Cómo! ¿Acaso barruntas para mí un peligro?

—¡Sí, un infame peligro! ¡Mil rayos!—bramó el valeroso mozo, en quien se desataba toda su ferocidad de hombre rudo y primitivo de *cow-boy*...

El fuego, la fuerza y la energía que formaban la sublime amalgama de su naturaleza preponderaban, en aquel instante, sobre cualquier otro sentimiento.

En su rostro envarado y cetrino, en el flamear de sus pupilas, conoció Mary que serían vanos cuantos ruegos le dirigiese para hacerle desistir del propósito que abrigaba.

—Ven!—dijo seguidamente Alberto—. Vámonos a ver y hablar con tu padre y con nuestros hombres...

Un momento después la llegada del formidable hijo del desierto era acogida por el rancharo Duncan y su docena de servidores con vivas muestras de alegría.

El padre de Mary se le acercó inquiriendo:

—¿Qué debemos hacer?

—Eso dependerá de lo que me diga el jefe de esa horda!—repuso el *cow-boy* con acento y gesto sombrío.

—Ahora mismo voy a saberlo!

Y uniendo la acción a la palabra, como tenía por costumbre, veloz en

el obrar como en el pensar, el *cow-boy* alejóse del padre de su amada, diciendo a ésta imperiosamente:

—¡Quédate aquí!

Mary obedeció, experimentando un abatimiento parecido al que habría sentido si un aire asfixiante, saliendo de un cráter invisible, azotara todo su ser. Desfulcaba su cuerpo y su alma.

En tanto, el bravo *cow-boy*, con paso firme y seguro y expresión resuelta y serena, acercóse al primer grupo de guerrilleros, sentados en una ladera, junto a un vergel.

—¿Dónde está vuestro jefe?

Las caras sombrías de los invasores se volvieron hacia él, y las flameantes pupilas lo contemplaron burlonas y amenazadoras.

Uno de ellos, empero, respondió:

—Nuestro jefe, nuestro verdadero jefe, no se halla aquí en este momento; pero llegará quizá antes de una hora al frente de sus hombres...

Esta inesperada respuesta produjo en el *cow-boy* un efecto intenso, contrajo su guapo y varonil semblante una mueca de rabia y de contrariedad.

—¿Luego tenéis orden de esperarlo aquí?—preguntó.

—Exactamente.

—¿Con qué intenciones?

—¡Las ignoramos! ¡Pero nuestro jefe podrá sacarle de dudas cuando venga!

—¿No podrían antearme al rancharo Clifton y su capataz?—inquirió el amado de Mary.

Esta pregunta no obtuvo respuesta inmediata. Los intrusos cruzaron entre sí una maliciosa mirada, que arraigó en el ánimo del *cow-boy* sus sospechas de que no eran ajenos aquella infame pareja a la



Mary le salió al encuentro...

invasión del rancho Duncan por la pandilla de vagoos.

Por fin, alguien respondió:

—¿Podría ser que el propio Klikten tuviese ocasión de saciar tu curiosidad?

No necesitaba saber nada más Alberto; sin pronunciar palabra volvió junto al rancho Duncan.

—Es preciso abandonar el rancho lo antes posible!

Tan insólita decisión fué acogida con doloroso asombro tanto por el honrado propietario como por su hechicera hija.

El sombrío capataz añadió:

—Necesito tener la certeza de que la vida de ustedes no corre peligro alguno; necesito estar seguro de que Mary no caerá en el infer-

no al que sin duda quieren llevarla Klikten y sus cómplices, para obrar en consecuencia...

—¿Y qué infierno es ése?—balbuceó Duncan palideciendo.

—¡Creo que Mary sería llevada muy lejos de aquí! Por lo menos, intentarían nuestros enemigos cometer esa infamia... sin suponer que estas manos matarían antes a unos cuantos de los miserables coyotes gritos, vociferaciones y roncadas canciones estamos oyendo en estos momentos.

«Pero es preferible evitar esa catástrofe... ¡No quiero que ni usted ni Mary conozcan esos horrores! ¡Por lo tanto, obedézanme!

«Tú, Mary, retírate a tu aposento, adonde yo acudiré luego de dar

a estos hombres las órdenes oportunas.

«Que te haga compañía Pedrin, el pequeño *cow-boy*».

«¡Pronto, Mary, que no tenemos un minuto que perder!»

La bella joven no se atrevió a resistir. Su padre la acompañó hasta el porche y cuando vió desaparecer en el interior del edificio su esbelta figura, Alberto comenzó a decir a sus hombres:

—¡Preparad los caballos y los animales de carga! Al marchar, en tanto esa chusma se harta y embeoda, nos llevaremos todo lo que

podamos, lo más valioso... Dads prisa y armaos bien, por si se presenta, de un modo inevitable, la ocasión de emplear los *cuarenta y cinco*...

«Procurad que dentro de media hora esté todo preparado para la marcha...»

Dicho esto, encaminó sus pasos hacia el edificio con andar apresurado, sin advertir que, de un pilar del porche, se separaba una figura de hombre, siguiéndolo como una sombra...

Era Daniel Giba, su más encarnizado enemigo...

IV

Unos minutos después conversaban los dos enamorados en un vasto aposento de la alquería contigua al edificio.

Alberto procuraba infundir valor y energía en el amante corazón de su amada, y ciertamente, lo conseguía, pues Mary, hallándose junto al indomable *cow-boy*, no temía nada, ni creía que pudiera amenazarle peligro alguno.

De pronto la voz de Pedrin interrumpió el coloquio gritando:

—¡Cuidado, Alberto! ¡Un hombre!

Veloz como el rayo, el valiente mozo se puso en pie de un salto, enfrentándose con el enemigo cuya presencia acababa de anunciarle el avisado zagal.

Una imprecación salió de sus labios. Empuñaba ya el revólver.

—¡Infame, bandido, traidor! — rugió al ver a Giba apuntándole el suyo.

Resonó una doble detonación que

propagándose por fuera, originó un griterío ensordecedor y un tumulto inenarrable, tanto en los intrusos como en los *cow-boys* del rancho.

Cuando se dispuso la humareda, viose en el suelo, retorciéndose como un reptil y profiriendo rugidos, al felón capataz del rancho Clifton.

El certero disparo del Alberto lo había alcanzado en pleno pecho, del que manaba abundante sangre.

Debajo de aquel aposento se hallaba: varios *cow-boys* ultimando los preparativos de marcha cuando sobrevino ese fulminante drama. La sangre de Giba, filtrándose por las rendijas que dejaban los tablones del suelo mal unidos, cayó como roja lluvia sobre uno de aquellos, haciéndole exclamar:

—¡Sangre! ¡Compañeros, la lucha es inevitable!

En tanto, el tumulto arreciaba; las blasfemias y maldiciones de los

invasores, unidas al ruido de las armas, formaban una sinfonía infernal...

El audaz Alberto, subiendo a la parte superior del edificio, asomó su atlético busto por una estrecha poterna que semejaba la almena de una torre, y gritó con poderosa voz:

—¡Hombres que me escucháis, oíd bien lo que voy a decir!

La repentina e inesperada invitación produjo en la horda un confuso murmullo que se apaciguó gradualmente.

Entonces añadió el Capitán:

—¡Habéis penetrado en este rancho por sorpresa, como una horda conquistadora y salvaje, obediente a las maquinaciones de un hombre sin conciencia y sin honor, el ranchero Chikim!... Quizás creáis hallar aquí un botín espléndido... Os equivocáis: ¡Muchos de vosotros hallarán la muerte!

Un ruido contestó:

—¡Lo incendiaremos todo, arrasaremos el rancho, lo saquearemos y devastaremos palmo a palmo! Además...

La voz enmudeció. Oyóse un disparo y luego un alarido semejante al de una fiera herida. El guerrillero que así amenazaba habíase desplomado al suelo, atravesado por un balazo del *cow-boy*.

Una tempestad de gritos atronó el espacio, y dominando el frasco de aquel arroyo, oyóse de nuevo la poderosa voz de Alberto:

—¡Tengo al alcance de mi mano doce revólveres con sesenta balas... No necesito tantas para tenderos a todos patas arriba si antes de diez minutos no ha quedado el rancho libre de vuestra odiosa presencia... ¿Me oís?

Por toda respuesta sonaron, como un tableteo, una docena de disparos.

Previendo esta descarga, el *cow-boy* se había ocultado tras la recia pared de adobes, pero seguidamente apuntó su arma con tan certera puntería, que otro de los guerrilleros quedó tendido en el suelo...

El espanto se apoderó de los invasores más cercanos al caído, que huyeron precipitadamente de un lugar tan peligroso.

En aquel momento cuatro *cow-boys* asomaron el brazo por una de las esquinas del edificio, haciendo una docena de disparos al azar.

Las balas no alcanzaron a nadie, pero originaron entre los invasores un alboroto pánico: se produjo entre ellos la desbandada; y aullando y blasfemando, se abalanzaron hacia la pampa donde dejaron los caballos.

La huida fué general y rápida.

Cuando Alberto se cercióró de que no quedaban en el rancho más que los dos cadáveres, se reunió con sus hombres y dividiéndolos en dos grupos, les ordenó vigilar los puntos por donde, acaso, ebrios de odio y de venganza, intentasen los guerrilleros atacarlos.

V

Empero, este peligro no se presentó. Claro el alma un que en toda la extensión que abarcaba la

aquella mirada del *cow-boy*, erguido en su silla, divisase ni rastro de enemigo...

Quien se presentó hacia las nueve de la mañana siguiente, fué el *sherif* de la comarca, guiando un fuerte piquete de caballería americana, que recorría aquellos parajes dando caza a los guerrilleros, los cuales, para procurarse fondos, habían cometido un sin fin de fechorías...

El *Capitán* enteróse de lo ocurrido, y unas horas más tarde Clifton era apresado y conducido ama-

rrado como una bestia a la cárcel de la población.

Aquella terrible noche fué seguida de unos días de sosiego y de paz inefables...

Y cuando el *Baro cow-boy* se hubo convencido de que en el porvenir no se repetirían los hechos que hemos narrado, llamó a su linda hermana para que fuese la madrina de su boda con la apasionada y seductora Mary Duncan.

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

PERDIDO EN EL DESIERTO

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS · Publicación periódica

Calle de Londres, 188 · BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona